

Uso/abuso de drogas. Trayectoria y prevención en jóvenes de contexto vulnerable

Jorge Baeza¹, Hugo Herrera², Mario Sandoval³

Resumen

El presente texto, busca dar a conocer los resultados de un estudio que tuvo como objetivo investigar por qué jóvenes de similar contexto de vulnerabilidad poseen diferentes formas de vincularse con el consumo de drogas. Dichos resultados se refieren a los diferentes tipos de vínculos con el consumo de drogas, las formas de socialización que les son propias, las características de quienes piden ayuda, el perfil de los consumidores esporádicos así como los motivos que expresan éstos y quienes consumen con frecuencia.

Palabras clave: drogas, jóvenes, contexto, vulnerabilidad social

The present text seeks to know the results of a research which aimed to research why young people of similar context of vulnerability, possess different forms of link with drug. Those results relate to different types of links with the consumption of drugs, forms of socialization they own, the features of who ask for help, the profile of sporadic consumers as well as the reasons they express in those who consume frequently

Keywords: drugs, youths, context, social vulnerabiliy

¹ Doctor en sociología. Profesor de la Universidad Católica Silva Henríquez, investigador del Centro de Estudios en Juventud de la misma. Email: jbaeza@ucsh.cl

² Magister en educación. Coordinador del Area Social del Centro de Extensión y Servicios de la Univesidad Católica Silva Henríquez. Email: hherrera@ucsh.cl

³ Doctor en sociología. Profesor de la Universidad Católica Silva Henríquez e investigador del Centro de Estudios en Juventud de la misma. Email: msandoval@ucsh.cl

Introducción

La comunidad internacional y nuestro país, no han podido controlar las organizaciones y personas que manejan el comercio ilegal de las drogas, al mismo tiempo que el comercio de las drogas legales sigue gozando de un expedito y próspero mercado (oferta). Asimismo, no ha sido posible bajar los índices de consumo de aquellas drogas legales incorporadas y aceptadas social y culturalmente. Muy por el contrario, las drogas legales e ilegales están en todos los medios con muy fácil acceso, haciendo la situación más compleja y planteando un gran desafío a nuestra sociedad.

La sociedad chilena ha venido enfrentando esta situación desde distintos niveles. El tratamiento y la prevención se han efectuado a través de distintas instancias y experiencias realizadas por el Estado, a través de sus Ministerios de Educación, Salud, Interior, Justicia, así como las Iglesias, y Organizaciones no Gubernamentales (ONGs). De igual modo, con menor intensidad la investigación del fenómeno realizada principalmente desde órganos del Estado da cuenta de la situación con muestras nacionales y principalmente cuantitativas.

Según el Consejo Nacional para el Control de Estupefacientes –CONACE–, las estadísticas de Chile respecto del uso de drogas indican que el 23,8% de los escolares ha probado alguna droga como marihuana, pasta base o cocaína al menos una vez en su vida; el 15,5% lo ha hecho en el último año y el 8,5% el último mes. Las declaraciones de consumo de alcohol indican que el 39,2% ha probado alcohol en el último mes y el 61,7% lo ha hecho en el último año. De acuerdo a datos de la OMS, en nuestro país el tabaco es responsable de la muerte de 38 personas diarias, es decir 1,5 personas cada hora.

Según datos de la OPS sobre Chile, el alcoholismo es responsable de 4,5% de los ingresos hospitalarios, de 7% de las muertes como causa principal y de 25% de las muertes como causa asociada. Se encuentra una alcoholemia positiva en 48,6% de los homicidios, 38,6% de los suicidios y 50% de los accidentes de tráfico con vehículos de motorizados. La mortalidad específica por cirrosis hepática fue de 20,8 por 100.000 habitantes en 1994, una de las tasas más altas de Latinoamérica.

Chile posee un alto nivel de información sobre el uso / abuso de drogas. Desde la recuperación de la democracia (1990) a la fecha se han realizado encuestas nacionales a la población en general sobre la materia, además de otras específicas a la población juvenil en particular. Se une a lo anterior, una amplia y diversa experiencia de programas de intervención que trabajan con personas tanto en aspectos preventivos como de rehabilitación.

No obstante lo anterior, aún hay poco avance en la transformación de los datos acumulados en conocimiento útil que permita mejoras significativas. Gran parte de la información recogida posee un carácter exclusivamente cuantitativo, constituye información extensa (de amplia cobertura) pero no necesariamente intensa (profundidad); se ha privilegiado, además, información sobre el qué y poco sobre el cómo, con lo cual se tiene una adecuada fotografía de la situación pero faltan estudios que caractericen los procesos, los sentidos, significados y trayectorias de las personas involucradas en la drogodependencia; por último,

la prioridad en la intervención, y con ello en la acción directa, ha dejado poco espacio para la sistematización y evaluación de seguimiento e impacto de las experiencias.

El presente texto busca dar a conocer los resultados de un estudio de poco más de tres años de duración, que tuvo como objetivo investigar por qué jóvenes, de similar contexto de vulnerabilidad, poseen diferentes formas de vincularse con el consumo de drogas.

En este trabajo se consideró como población general del estudio a jóvenes de sectores vulnerables, entendiéndose por ello a la población que posee una mayor probabilidad que se presente un hecho que afecte su salud, en este caso el consumo de drogas, sabiendo además, desde un principio, que la vulnerabilidad resulta de la interacción de una multiplicidad de factores que se concretizan en una determinada realidad de mayor o menor riesgo, de orden biológico, psicológico, social y del entorno.

Como población joven se consideran a las personas ubicadas en el segmento de 15 a 29 años de edad (igual tramo consideran las Encuestas Nacionales de Juventud, y en general las estadísticas del país), que viven en comunas identificadas como estratos bajos (en una diferenciación entre cinco grupos socioeconómicos, corresponderían a los grupos 4 y 5), es decir población que habita pequeñas viviendas (en el grupo de material ligero) con un equipamiento mínimo (pocas piezas y con pequeño baño); de una escolaridad baja y labores manuales; a lo que se agrega, en el grupo de menor ingreso, la alta presencia de trabajos sólo ocasionales.

En el trabajo de esta investigación se consideraron seis momentos diferentes, los cuales en secuencia permitieron ir profundizando sobre la materia. Una primera etapa de elaboración de un Estado del Arte, con referencia al conocimiento acumulado en Chile sobre jóvenes y uso / abuso de drogas. Una segunda centrada en conocer en jóvenes de similar contexto de vulnerabilidad, diferencias que presentan en el consumo de drogas, sentidos y significados que poseen sobre su uso y factores que conducen al uso/abuso drogas en unos y en otros no. En un tercer momento, se buscó establecer las trayectorias y etapas vividas por los jóvenes que se convierten en consumidores abusivos de drogas. El cuarto momento, pasa de lo cualitativo a lo cuantitativo, y se centra en identificar la prevalencia de los factores de riesgo y protectores, presentes en una población general de jóvenes que habitan en contexto de vulnerabilidad. Cerrando ya el trabajo, la quinta etapa validó con jóvenes de sectores vulnerables, los análisis e interpretaciones construidas por el equipo de investigadores, sobre las conductas de uso/abuso de drogas. El último y final momento, lo constituyó la elaboración del informe de cierre de la investigación.

Para la realización del estudio se contó con el valioso apoyo de la Federación Internacional de Universidades Católicas y de la Universidad Católica Silva Henríquez, de la cual los autores son académicos.

Este trabajo se inscribe en el proyecto mayor titulado “Universidad y uso/abuso de drogas. estudios locales, 2004 – 2007”, el cual fue coordinado y apoyado permanentemente por el Centro Coordinador de la Investigaciones de la Fede-

ración Internacional de Universidades Católicas e involucró a diez instituciones académicas: cinco de América Latina (Argentina, Brasil, Colombia, Chile y Ecuador) y cinco de Asia y Oriente Medio (Filipinas, India, Indonesia, Líbano y Tailandia).

Al momento de concluir realizaremos tres acciones. Una primera que resume las principales conclusiones, diez en total, que se desprenden en forma directa de los datos recogidos durante la investigación realizada. Un segundo momento será la lectura transversal de las 10 conclusiones parciales, que nos permiten encontrar –en términos dicotómicos– dos respuestas que posibilitan muchas variaciones intermedias. Este segundo nivel de conclusiones posee un carácter más interpretativo, ya que es un intento de una lectura más teórica de los hallazgos del estudio realizado. La tercera lectura, muy breve, apunta principalmente a listar un conjunto de consideraciones, resultantes de esta investigación, que se consideran importantes a tener presentes en las políticas públicas en el trabajo con jóvenes de sectores altamente vulnerables al consumo de drogas.

Conclusiones principales resultantes del análisis de los datos

El listado de conclusiones que se presentan a continuación, por una necesidad de validación pero por sobre todo de respeto a quienes son los sujetos principales de este trabajo, se presentaron y discutieron con jóvenes de sectores vulnerables al consumo de drogas, en tres *focus groups*⁴. Los resultados obtenidos fueron los siguientes:

Primera conclusión:

En contextos socioeconómicos similares, es posible encontrar jóvenes con vinculaciones muy diferentes respecto al consumo de drogas.

De acuerdo a los resultados encontrados en la investigación, pudimos constatar que el contexto no determina el consumo de drogas; sin lugar a dudas que influye, pero no existe ninguna relación determinante entre medio sociocultural deprimido y consumo de drogas. Lo anterior se reafirma en los testimonios recogidos en los *focus groups* donde han participado personas de contextos socioeconómicos y culturales similares y sin embargo reconocen comportamientos muy disímiles frente al consumo de drogas:

Además se debe agregar a ello, que el consumo de drogas es posible encontrarlo en diversos niveles socioeconómicos. Es decir, el consumo de drogas es transversal a la clase social. No podemos afirmar que la droga es producto de la pobreza y menos que mecánicamente ello se reproduce..

Los testimonios de los jóvenes entrevistados, todos de contextos similares, dan cuenta de que no existe un patrón común de consumo que establezca una relación directa entre pobreza y consumo; todo depende de las historias fa-

⁴ Se realizaron tres *focus groups*, con una pauta que permitió conversar cada una de las conclusiones de este estudio a modo de validación. Sujetos similares a los estudiados fueron reafirmando o afinando las conclusiones que se comparten con ellos.

miliares, de las características de personalidad, de la gestión que cada uno va haciendo de sí mismo, de cómo cada uno se construye en sujeto de su propio desarrollo: En este caso el medio circundante es el escenario donde se verifican las conductas juveniles, dado a una diversidad de experiencias, cada una con un sello personal.

Segunda conclusión:

Desde los propios jóvenes se tipifican cuatro conductas diferentes: (i) El que nunca ha consumido; (ii) El que no consume actualmente pero ha consumido en forma experimental; (iii) El consumidor esporádico (que se asocia al consumo en fiestas y fines de semana) y (iv) el consumidor diario.

Esta clasificación empírica está en estrecha relación con las clasificaciones teóricas que se encuentran en los textos relacionados con drogas y responde a las diferencias realizadas por los propios jóvenes las cuales demuestran gestiones de sí diferentes.

i) El que nunca ha consumido:

Por una parte tenemos a aquellos jóvenes que operan por distanciamiento generando una conducta protectora respecto del consumo de drogas. Desde esta perspectiva, se objetivan las consecuencias nefastas que produce el consumo de drogas y se adopta una conducta de rechazo al consumo, es decir, son jóvenes que evalúan costos y beneficios y que concluyen que son muchos más los daños que pueden sufrir al entrar al camino de las drogas, que los beneficios o placeres que ésta les pueda reportar. Es así como en los *focus* encontramos testimonios como el siguiente: *“Mi nombre es David, nunca he consumido drogas alcohol sí, pero en ocasiones, pero droga nunca; me han ofrecido todo tipo de droga, todo tipo de droga me han ofrecido en fiestas, en partidos de fútbol, en todo me han ofrecido drogas, pero nunca la he probado, nada, no me llama la atención tampoco”*.

Como se puede advertir en el caso de David, a pesar de las constantes ofertas de sus amigos, él toma distancia del fenómeno, no se identifica con los consumidores, y se parapeta en una identidad de no consumidor, construyéndose como un sujeto autónomo, maestro de su destino, sin depender de dichas sustancias para poder funcionar. Por su parte Nelly nos señala lo siguiente: *“Mi nombre es Nelly y tengo dos hijos hermosos y nunca he consumido drogas, o sea mi droga pa’ mí son los cigarros y de ahí mas allá de drogas, de marihuana o de otro tipo de drogas, nunca las he consumido; sí las conozco pero nunca me ha dado por consumirlas, o sea nunca he tenido las ganas... o sea nunca me han dado las ganas como para decir –ha yo voy a probar un pito, a ver qué se siente, o voy a probar la pasta pa’ ver qué... qué vola’ es la que se siente, pa’ saber qué se siente– no, nunca me ha dado eso”*.

ii) El que no consume actualmente pero ha consumido en forma experimental:

Este tipo de jóvenes inicialmente han operado por distanciamiento, valorando los efectos negativos que tiene el consumo de drogas, pero sin embargo, en algún momento de sus vidas se han “acomodado” al fenómeno, probando la droga

de manera experimental, sin iniciar el camino de las drogas, sin transformarse en consumidores habituales. Las motivaciones que encontramos en el discurso de los jóvenes, reafirmadas en los *focus*, hablan más que nada de una conducta exploratoria: *“Quería probar qué se sentía”*. En uno de los *focus*, Pedro reafirma lo anterior, indicando: *“Siempre me contaron que era rico, que se sentía bacán, pero quise probarlo por mí mismo, no que me contaran otros lo que se sentía; quise probarlo yo mismo (...) pero fue eso y nada más. No quedé con el gusto de seguir probándola; lo probé una vez y fue suficiente”*.

iii) El consumidor esporádico (que se asocia al consumo en fiestas y fines de semana):

Una gran cantidad de jóvenes se inscribe en este “tipo”. Son jóvenes que necesitan de las drogas como un “lubricante” social. Para ellos el consumo de ciertos tipos de drogas (principalmente alcohol y marihuana) facilita las relaciones sociales, las hace más suaves, más cercanas. *“Con copete se pueden expresar emociones de manera más fácil”*, nos dice uno de los jóvenes participantes en los *focus groups*. Cuando uno observa el “carrete” juvenil chileno puede apreciar que en la mayoría de los casos el alcohol es el invitado principal a la diversión juvenil; pareciera ser que no se pueden divertir si no hay consumo de alcohol: La manera de gestionarse a sí mismo de estos jóvenes es por acomodación. El desfase que se les produce entre sus expectativas y sus límites los lleva a consumir como un medio para la entretención. El alcohol y la marihuana les facilitan las relaciones sociales y las utilizan con el fin de “sentirse bien”.

(iv) El consumidor diario:

Los jóvenes consumidores diarios necesitan del consumo para funcionar normalmente. Aquí generan una relación cotidiana con las drogas, hacen de su consumo diario parte de su vida cotidiana: *“Yo con mis hijos consumía, yo dejaba a mis hijos, pongámosle, botados y yo salía a consumir”* (Nelly). El testimonio de Nelly nos demuestra que cuando la droga se incorpora en la vida de una persona, son capaces de hacer cualquier cosa con tal de mantener la adicción. Con el fin de financiar el consumo, muchos de estos jóvenes comienzan robando enseres domésticos en sus casas, luego cuando son sorprendidos por sus familiares, comienzan a realizar pequeños actos delictivos con el fin de financiar el consumo. El relato de Rodrigo es muy clarificador de esta situación: *“Bueno, mi nombre es Rodrigo (...) junto con mi hermano y al pasar el tiempo conocimos la calle y nos alejamos de los estudios y nos convertimos en unos delincuentes: empezamos a robar, ya después robábamos para, no robábamos para nuestros hogares ni para nosotros mismos, si no que todo lo que hacíamos era para la droga; llego en una condición muy fuerte que, de convertirnos en unos ladrones por fuera, de convertirnos incluso muchas veces en ladrones en mi casa, empecé a sacarle las cosas a mi madre, muchas cosas que a ella le costaron y a través de eso empecé a caer preso en presidios menores. Después al cumplir la mayoría de edad empecé a caer en la casa mayor, hasta que me vi sumido en la droga”*.

Tercera conclusión:

Entre los no consumidores, se encuentran (i) una socialización que introdujo valores y ejemplos de no consumo; (ii) presencia de expectativas personales y/o familiares y (iii) en algunos casos miedos por experiencias cercanas.

En la mayoría de los casos de jóvenes no consumidores nos encontramos con lo que podríamos llamar “familias protectoras”, es decir, padres y madres presentes, preocupados por sus hijos, en comunicación permanente con ellos. Estos contenidos comunicacionales al interior de la familia contribuyeron a desarrollar valores como la honestidad y el autocuidado, y ejemplos de no consumo en estos jóvenes. Las expectativas familiares giran en torno al estudio, el hacer deportes, salir con los amigos, desarrollarse como persona, todas las cuales han impactado enormemente el abanico de expectativas personas; es decir, logramos establecer una relación directa entre las expectativas familiares y las expectativas personales.

Lo que los jóvenes quieren y desean para sus vidas coincide en buena medida con lo que su padres esperan de ellos, generando un halo protector en función e objetivos vitales que todos comparten. Por otra parte el conocer experiencias de amigos que iniciaron el camino de las drogas ha actuado como freno del consumo. En particular, al conocer las consecuencias negativas del consumo adictivo (abandono familiar, deserción escolar, desempleo, deterioro de la salud, etc.):

El testimonio de David nos ejemplifica esta situación: “... Yo sí quería ser alguien en la vida, sacar mi cuarto medio, tener mi título y todo, lo que todo joven quiere prácticamente; entonces yo veía las noticias y todo, veía la delincuencia, entonces si yo dejaba los estudios yo pensaba que podía caer en lo mismo, ¿me entiende?, entonces yo solo ya empecé en meterme en los estudios, meterme, saqué mi cuarto medio, mi título... entonces yo por eso gracias a ellos soy lo que soy, también he trabajado en la calle, en las micros sobre todo, vendía helados en las micros para costearme mis estudios también, y de ahí prácticamente de a poco fui evolucionando y pienso seguir surgiendo más adelante y apoyar los que están en las drogas”.

Cuarta conclusión:

Los consumidores esporádicos viven en una fuerte tensión entre el convencimiento de que pueden salir en cualquier momento del consumo y el miedo a caer en la adicción por completo.

Las expectativas de los consumidores esporádicos son pasarlo bien, pero sin secuelas. Disfrutar al máximo el momento grato que les brinda el consumo de droga, pero no sufrir las consecuencias negativas del consumo de éstas. Esta tensión existencial derivada del desfase entre sus expectativas y sus límites hace que muchos de estos jóvenes tengan personalidades verdaderamente desgarradas. Se mueven entre el placer del momento y la culpa de haber hecho algo indebido; sienten temor de caer en la adicción, pero al mismo tiempo buscan el consumo cada cierto tiempo para saciar la necesidad del placer que les brinda su consumo. La gestión de sí mismo es difícil y contradictoria puesto que se convencen a sí mismos que pueden detener el consumo cuando ellos lo decidan, pero se sienten culpables al sucumbir una vez más en las redes de la droga.

Como podemos observar en los testimonios recogidos en los jóvenes, hay una ambivalencia en su conducta y el arrepentimiento esta siempre presente: “Bueno así, por ser ahora los pensamientos que tengo ahora son demasiado buenos,

pero los pensamientos que tenía antes, a los que tenía un tiempo atrás, eran muy diferentes, porque antes estaba metido en la droga, (...), a lo mejor yo hubiera estado con mi profesión, estaría estudiando, no sé, pero las cosas pasan por algo y aquí estamos” (Christopher).

Quinta conclusión:

Entre los consumidores, los consumos y abusos mayormente se concentran en: Alcohol /Tabaco; Marihuana; Cocaína y Pasta Base de Cocaína. Los cuales se mezclan muchas veces entre ellos. A cada una de estas drogas se le asocia un efecto diferente.

Tal como fue señalado en el informe de investigación, la caracterología del consumo actual de los jóvenes dista de la de algunos años atrás. Hoy lo que pudimos observar en terreno es más bien una mezcla de consumos; todo depende del consumidor y de la disponibilidad de acceso a las drogas: es así como hay jóvenes que consumen alcohol, marihuana y a veces cocaína, mezclando el consumo, dependiendo de las circunstancias. Luisa nos señala el siguiente testimonio: “... *Mi papá también le hace a la droga, le hace a la chicota, le hace de todo”.*

Los casos más diferenciados son los consumidores de pasta base de cocaína, los llamados “angustiados”, quienes se hacen rápidamente adictos y consumen para aminorar el síndrome de privación que les produce la abstinencia; en este caso el consumo se transforma en una necesidad fisiológica. En cambio los consumidores de cocaína son más bien activos, trabajadores, frenéticos, acelerados y necesitan de la cocaína justamente para mantener su estado de productividad.

El alcohol y la marihuana están asociados a la relajación, a la armonía social entre amigos. Como fue dicho anteriormente, ambas drogas son utilizadas como un lubricante social y facilitan las relaciones sociales.

Sexta conclusión:

Por lo general se coincide en un similar ordenamiento, en una escala, desde aquellas drogas menos adictivas hasta las más adictivas y más perjudiciales (a juicio de ellos). Desde el alcohol y tabaco a la pasta base de cocaína.

A pesar de la mezcla en el consumo de drogas, los jóvenes reconocen que existe un poder adictivo diferenciado generando una especie de escala de poder de adicción. Esta escala se iniciaría en el alcohol y el tabaco y terminaría en la pasta base. Lo anterior les permite gestionarse con cierta libertad en el consumo de aquellas sustancias con menor poder de adicción; en cambio pareciera ser que el que “cae” en el consumo de pasta base no puede salir. *“Otra cosa es la pasta, el que se mete no puede salir, o le cuesta mucho; la pasta es muy dañina, el que se mete no sale” (Luisa)* La pasta base exhibe un alto poder adictivo, generando un fuerte síndrome de privación en quienes la consumen, lo que hace que se vuelva imperioso ingerir otra dosis de la droga para lograr un anhelado estado de bienestar.

La gestión de sí mismo escapa al control de las variables que permiten manejarse con cierta autonomía, pasando a depender de las dosis de drogas para lograr

ciertos estados de bienestar. Christopher nos confiesa: *“No, nunca siempre fue por mí porque igual me sentía bastante solo y dije, como pa’ empezar a consumir, me sentía, o sea en el momento me sentía lleno, como que, tenía de todo pero después en el momento que ya no tenía más drogas y no quería consumir más te llegaba esa... esa dolorosa angustia y es fuerte así, y lo único que me calmaba era la pasta”*.

Séptima conclusión:

Respecto a los motivos de consumo, hay una búsqueda de satisfacción, que va desde la superación del dolor (frustraciones, privaciones), para llegar a la “normalidad” y avanzar a la satisfacción, o de aquellos que desde la “normalidad”, utilizan la droga para avanzar a la satisfacción (retraídos y muchos miedos).

El abanico de motivaciones para consumir drogas es enorme; hay quienes la han consumido o la consumen para aliviar estados depresivos, para lograr un estado placentero momentáneo, para mitigar un dolor determinado, para sentirse que “funcionan” normalmente o para lograr una satisfacción anhelada. *“Yo cuando chica lo pasé muy mal, mi padre me rechazaba, no quería saber nada conmigo...mi mamá nos dejó también, prácticamente me crié sola y ahí vinieron las drogas, tenía mucho dolor, mucha pena por la situación que estaba viviendo y con un pito todo se me olvidaba, era un momento grato, agradable, donde los problemas no tenían cabida, donde la vida era color de rosa... la idea era olvidar el dolor que tenía en ese entonces” (Luisa)*.

Dolor, normalidad y satisfacción pareciera ser una escala que va de lo paliativo a lo hedonista. No en todos los jóvenes se observa esta escala; algunos se quedan en la mitigación del dolor, la pena o la angustia, otros buscan funcionar normalmente y por eso necesitan de una dosis de droga y otros se mueven en la búsqueda del placer constante. Por lo general, en cada uno de ellos, se verifica un desfase entre sus expectativas y sus límites y se gestionan a sí mismo recurriendo a las drogas para lograr estados (pasajeros) que son imposibles de lograr sin el concurso de éstas. *“Para mí las drogas es diversión, pasarlo bien, estar con amigos y bacanear, hacerse el choro, sentir placer, dejarse llevar por el gustito; o sea, cuando consumía drogas lo pasaba bien, es lograr un estado de ánimo que así solo no se logra” (Christopher)*.

Octava conclusión:

Los factores protectores y los de riesgo nunca actúan separados; en ningún caso un factor se presenta solo, siempre es una mezcla de factores que ayudan a iniciar o evitar el consumo.

Dependiendo de las historias personales, de los procesos de socialización, de las características de personalidad y de los modos como cada uno se gestiona a sí mismo es el peso con que los factores (protectores o de riesgo) actúan en cada uno. Por ejemplo, los amigos son un factor ambivalente (o doble); éstos pueden actuar claramente como un factor de riesgo si invitan al consumo, si presionan de alguna manera, si ellos mismos consumen; en cambio un amigo también puede actuar como factor protector (un amigo no consumidor).

En otros casos el dejar de consumir es para dar el ejemplo a otros significativos, como es el caso de quienes tienen hijos/as: *¿Cómo te explicas la distancia o cuidado que tuviste con la droga? R: No sé, yo siempre he dicho que va en uno, la fuerza que tenga uno y lo que uno quiere dejarle ... qué valores quiere dejarle a sus hijos po'. O sea yo no voy a querer porque yo tengo un hombre y una mujer, y no voy a querer que mi hija me vea... drogándome y después el día de mañana, me diga –Ah... ¿y cómo tú lo estabas haciendo? como que tenga un respaldo pa' ella decirme: yo voy a consumir, porque tú consumías po' y no, nunca he pensado en meterme en eso tampoco, a pesar de todos los problemas que yo he tenido, nunca he dicho –Ah, yo voy a meterme en esto pa' olvidarme un poco –no, nunca lo he hecho” (Nelly).*

El caso de la familia es lo mismo: una familia abandonadora puede transformarse en un factor de riesgo de consumo en los jóvenes; en cambio, una familia preocupada por sus miembros, una familia que se comunica actúa como factor protector en el consumo de drogas.

Para otros es el miedo a las pérdidas el que actúa como aliciente para salir de las drogas: Luisa nos relata lo siguiente: *“Es mentira eso que dicen que no pueden dejar la droga, es mentira; es mentira, eso es mentira. Eso de que no pueden dejar la droga, es mentira, uno tiene voluntad y la deja para necesitai psicólogo, todo eso es una mentira, uno sí quiere salir, sale, por las de él y quiere por uno, porque el problema que pasa es que uno pierde la familia, los hijos, como le pasó a mi hermana, mis dos hermanas, perdieron a su hijos y todo por la droga”.*

Ambos factores (protectores y de riesgo) pueden estar presentes simultáneamente en una persona; ahora bien, el peso que tenga cada uno va a depender de las características personales del sujeto y de la forma como se gestione a sí mismo. El testimonio de Víctor al respecto es elocuente: *“O sea para empezar, las vivencias de mi madre, de que mi madre nos sentaba a la mesa a los nueve hijos y nos dijera pasa, esto, esto y esto, yo fui una mujer golpeada, yo sufrí esto y como siempre dice la mamá, yo quiero lo mejor para ti, si yo no tuve esto, yo quiero esto para ti y eso también te va dando un cargo de conciencia de tu mamá y de tus hermanos alrededor; porque tus hermanos van diciendo: puta, si mi hermana sacó el cuarto medio; cómo yo no voy a llegar allá y tú mismo te vai colocando metas, y lo importante que no te pongái tantas metas, colocarte una meta pero cumplirla, ir de a poco y así se van haciendo las metas de uno”.*

Novena conclusión:

No obstante lo anterior, sí es posible identificar que sí hay algunas asociaciones que potencian el ingreso al consumo, como por ejemplo el que los padres no se preocupen de uno y el no participar en organizaciones formales.

Como fue dicho en un punto anterior, al conjugarse ciertos factores, como por ejemplo personalidad insegura, mala imagen de sí mismo y familia abandonadora predisponen al consumo. *“No, nunca, nunca fui a la escuela, qué pasaba, cuando mi papá era cabro más joven siempre invitaba personas a la casa a volarse y nosotros íbamos a la escuela de acá y nunca... entre mi hermanos, los*

otros estudiaron todos y yo no po'; no pude porque los problemas eran todos pa' mí, todos pa' mí. Mi papá, cuando le daba el bajón de la droga, siempre me atacaba a mí.... Siempre me tocaba a mí, todo a mí, por eso no aprendí a leer, los golpes... todo eso (Luisa).

Por el contrario, una familia que acompaña armoniosamente el crecimiento y desarrollo de sus hijos junto a una personalidad estable y segura, contribuye enormemente como factor protector en el consumo de drogas: *“El tema de las reglas dentro de la casa yo creo que influyen mucho dentro del pensamiento de los niños y de los jóvenes que hay en el día de hoy, porque como decía Pedro, en la casa se te enseña todo lo que aprendís afuera también; los papás te dicen las reglas, te dicen los límites a los cuales podís llegar, con quién juntarte, con quién no, la decisión es tuya al fin y al cabo pero los consejos” (Victor)*. Este tipo de personalidad se gestiona a sí misma de manera distendida, relajada, y aunque sufran presiones de su medio, no entrarán en el camino de las drogas.

En términos más específicos, y considerando los datos cuantitativos del estudio, es posible apreciar que existe un conjunto de asociaciones, tanto en el individual como familiar y comunitario.

A nivel individual hay más jóvenes: a) que no tienen metas, entre quienes han tenido problemas por su consumo; b) insatisfechos con su vida, entre quienes no les preocupa su nivel de consumo (marihuana), y c) que se sienten infelices, entre quienes no les preocupa su nivel de consumo (tabaco).

A nivel familiar: a) entre quienes sus padres se interesan por sus actividades, hay más jóvenes que no han tenido problemas serios en la casa, escuela o trabajo; b) entre quienes sus padres consumen drogas, hay más jóvenes que consideran a las drogas como poco o nada peligrosas, y c) entre quienes sus padres les ponen límites, hay más jóvenes que no se han expuesto a algún peligro o riesgo.

A nivel comunitario: a) entre quienes sus amigos no consumen drogas, hay un mayor porcentaje de jóvenes que considera a las drogas peligrosas o muy peligrosas; b) entre quienes sus amigos han consumido muchas veces alcohol o drogas en exceso, hay un mayor porcentaje de jóvenes que consideran a las drogas legales poco o nada peligrosas, y c) entre quienes sus amigos han consumido muchas veces alcohol o drogas en exceso, hay un mayor porcentaje de jóvenes que en situación de consumo, han realizado acciones que generan o pueden generar problemas con la policía.

Se agrega a los anteriores, y aún siendo más específico en cuanto a asociaciones, que:

- El 83,8% de los que fuman marihuana, algún *amigo lo ha invitado* a consumir drogas, contra un 16,2% que no han sido invitados. Dentro de los que han sido invitados, a su vez, ello es *más acentuado en los hombres* que en las mujeres (59,2% contra 40,8%). Dentro de estas mujeres, el consumo de marihuana sube de 46,2% a 53,8% si se tiene una *mala relación con los hermanos*.
- El porcentaje de los que han *consumido cocaína* alguna vez es mucho mayor entre quienes han recibido una invitación de sus amigos a consumir drogas

(88,5% contra 11,5% que no ha recibido). Esta situación es *más notoria en los hombres* que en las mujeres; en ellos el 71,7% contra un 28,3% de las jóvenes. En los hombres, además, el *no pertenecer a una organización social hace subir* de un 18,2% a un 81,8% el porcentaje de consumidores de cocaína.

- En quienes *consumen pasta base de cocaína*, un 55,8% indica que *sus padres no se interesan por sus actividades* (contra un 44,2%). Entre los que sus padres se interesan por sus actividades, el número de aquellos consumidores que indican *tener menor satisfacción con su vida* es ampliamente superior (5,3% contra 94,7%). Dentro de los que indican tener menor nivel de satisfacción con su vida, aumenta los consumidores de un 33,3% a un 63,9% en aquellos que *indican tener menor control de su vida*.

Décima conclusión:

Las personas que llegan al abuso y piden apoyo, hacen un recorrido que tiene como trayectoria:

Familias descompuestas / Violencia intrafamiliar / Falta de cariño / Soledad.

Inicio del consumo: Experimentación / Novedad / Aburrimiento.

Consumo consolidado: Estado de Bienestar / Evasión / Dependencia / Violencia / Delincuencia.

Quiebre/pausa en la trayectoria: Deseos de rehabilitación / Inicio de “proceso” / Futuro nuevo / Cambio de vida / Incertidumbre.

Esta trayectoria se repite en cada uno de los casos donde observamos abuso de drogas. Invariablemente nos encontramos con familias descompuestas, abandonos paternos, separaciones matrimoniales, abuso sexual de menores, violencia intrafamiliar, soledad afectiva, falta de cariño.

En la mayoría de estos casos el consumo se inició para llenar un vacío; en este caso la gestión de sí mismo actúa por acomodación. De alguna manera se busca un sustituto que aplaque el dolor que se siente por el abandono; de esta manera se inicia el consumo de drogas por experimentación, por considerarlo algo nuevo que les puede brindar satisfacciones o simplemente para combatir el aburrimiento que sienten en los momentos previos al consumo. Estos consumidores experimentales pasan rápidamente a consumidores esporádicos y de ahí hay un paso al consumo consolidado, a la adicción.

Con la adicción se busca un estado de bienestar negado en estado de normalidad por las características de la familia de origen: esta dependencia de las drogas lleva a un permanente estado de evasión. Algunos de ellos, por razones difíciles de precisar hacen un alto en el camino produciendo un quiebre en la trayectoria y buscan rehabilitarse, iniciando un “proceso” que los lleve a un futuro nuevo, a un cambio de vida; sin embargo lo que se impone es la incertidumbre.

Tienen sueños en la vida que quisieran realizar, pero no están seguros de lograrlo porque las tentaciones son muchas y el medio sigue siendo el mismo; en este sentido el contexto juega un rol importante en el mantenimiento de las adicciones. En el lugar donde se vive se vende drogas (para muchos es su trabajo, y ello hace

de esto un sector vulnerable), además las redes contacto y subterráneas siguen subsistiendo y hacen que la incertidumbre prevalezcan en estos jóvenes.

El juego entre dos lógicas de acción: interpretación de los hallazgos

La lectura de las conclusiones recién reseñadas, validadas en los *focus group*, permiten descubrir un conjunto de aspectos que se reiteran, que llevan a sostener como posible interpretación teórica que las diferentes realidades de consumo de drogas en los jóvenes, en un contexto de igual vulnerabilidad, están dadas por la capacidad de gestionarse a sí mismos, situación que conlleva a dos lógicas de acción –en términos dicotómicos–: una lógica de auto-cuidado o una lógica de desconfianza de sí.

Antes de profundizar sobre estas dos lógicas es necesario explicitar en mayor medida los dos conceptos teóricos que se están utilizando: “lógicas de acción” y “modos de gestión de sí”, los cuales pertenecen a G. Bajoit y a A. Franssen y están expuestos en sus obras “Por una Sociología Relacional”⁵, “Los Jóvenes en la Competencia Cultural”⁶ y “¿Qué es el Sujeto?”⁷.

La gestión relacional de sí es la actividad psíquica por la cual el individuo trabaja sobre su condicionamiento social (es decir, sobre sus expectativas, sus límites y la tensión entre los dos), con el fin de forjar una identidad personal y de actuar sobre los otros. El resultado de este trabajo es doble: por una parte, el ser humano se constituye como individuo, como sujeto, es decir, ejerce “la voluntad del ser humano de llegar a ser y mantenerse maestro de su destino personal”⁸, en otras palabras, ser sujeto de su propia historia, y por otra parte, se convierte en actor social al establecer relaciones con los otros.

Al estar las conductas referidas a los otros, surgen dos dimensiones fundamentales para el análisis: la identidad y la alteridad. Yo soy “yo mismo” y me reconozco igual o diferente a los otros. Cada uno vive en un mundo de intercambios en su espacio cotidiano. En este devenir incesante de juegos comunicacionales, todos, a su manera, tratan de ser auténticos, “sí mismos”. En este trabajo relacional, el ser humano coloca en acción tres capacidades fundamentales:

- a) La capacidad de administrar sus tensiones: En ese apasionante juego de la vida, dadas las expectativas, las presiones y los límites, cada uno debe administrar sus tensiones existenciales, el malestar que esto le produce, actuar sobre ella. Es un trabajo sobre sí mismo, donde se pone en ejecución la capacidad de reflexividad que opera por *acomodación* y *distanciación*. El trabajo de *acomodación* reduce la tensión existencial, la hace soportable y ayuda a vivir con ella y la *distanciación* permite separarse y objetivar.

⁵ Guy Bajoit (1992): *Pour une Sociologie Relationnelle*. PUF. Le Sociologue. Paris, France.

⁶ Guy Bajoit et Abraham Franssen (1995): *Les Jeunes dans la Compétition Culturelle*. PUF. Sociologie d’aujourd’hui. Paris, France.

⁷ Guy Bajoit et Emmanuel Belin (1998): *Contribution à une Théorie du Sujet*. L’Harmattan. Paris, France.

⁸ Concepto de “sujeto” en Guy Bajoit.

- b) La capacidad de reconstruir su uni(ci)dad: Cada persona desarrolla la “capacidad de construir y reconstruir la uni(ci)dad de su ser”. Ser un “yo”, claro, definido; tener identidad. A través de ella el sujeto actúa sobre el yo para forjar su identidad y su proyecto como individuo. Se realiza un trabajo de *individualización* (¿quién soy yo?) y un trabajo de proyectividad (¿qué quiero?).
- c) La capacidad de estructurar sus lazos sociales: Paralelamente el ser humano actúa sobre otros, es decir, ejerce “su capacidad de estructurar sus lazos sociales”, como se sostiene en Guy Bajoit et Emmanuel Belin (1998: 3). Esta es una necesidad de sobrevivencia social. Gracias a esta capacidad el individuo actúa sobre los otros, construyendo sus lazos sociales y a su vez coloca en movimiento un trabajo de *identificación* y de *diferenciación*. A través de la *identificación* se construyen los lazos de gregariedad y de la *diferenciación* se construyen los lazos de alteridad

Teniendo claro que en la medida que los unos actúan sobre los otros (o con los otros), todos necesitan apelar a ciertos recursos psico-culturales para lograr éxito en estas relaciones. Las relaciones humanas son dinámicas, siempre cambiantes. Surgen expectativas, se imponen coacciones y se construyen límites, y así, cada persona va por la vida gestionando su tensión existencial⁹, como motor centrífugo y centrípeto de sus relaciones sociales.

No se trata de que hagamos todo lo que los otros nos dicen, nos piden o nos ordenen, también tenemos la capacidad de decir no, de rechazar, de oponernos, de discernir, de discriminar y, a la *goffmaniana*, “salvar la cara”. Actualmente el desafío consiste en ser sujeto en una sociedad en mutación, ya que la dificultad está precisamente en la existencia de un contexto normativo inestable, confuso, cambiante, en transición epocal.

Según las características de cada uno, existen maneras diferentes de colocar en movimiento estas capacidades; de administrarlas, de ser sujeto. Para designar esas maneras, Bajoit et al. hablan de los “modos de gestión de sí” o “las lógicas del sujeto”. Pero, ¿qué es ser sujeto?. “Ser sujeto es colocar en movimiento estas seis capacidades para actuar sobre sí mismo y sobre los otros, a fin de administrar como individuo y actor las relaciones con los otros”¹⁰.

El telón de fondo del cual parten los autores señalados es la hipótesis que hoy día estamos viviendo un período de mutación cultural y que esta mutación dificulta que los jóvenes encuentren sentido a las cosas que hacen, y como consecuencia les resulta difícil vivir. En un mundo que se cosifica, que les exige cada vez más, se va produciendo un desfase entre las expectativas de éxito y los límites o los obstáculos que ellos perciben en el logro de esos objetivos ese desfase son las tensiones existenciales.

⁹ Los jóvenes experimentan sensaciones, deseos y contradicciones entre sus expectativas y las posibilidades reales de satisfacerlas. Toman conciencia de sus limitaciones y desarrollan mecanismos adaptativos que les permiten sobrevivir en su medio, surgen tensiones existenciales que afectan su identidad. Muchas veces, se ven obligados a dejar determinadas cosas (principalmente estudios), debiendo adaptarse a una situación de trabajadores precoces, lo cual acarrea problemas en la configuración de la identidad individual y colectiva. Se vive una juventud adultizada, una adultez prematura.

¹⁰ Bajoit (1992) op. cit. pág. 147.

El problema del sujeto es un problema antiguo en la humanidad y en cada época y lugar el hombre busca ser sujeto apelando al modelo cultural reinante, traducido en valores superiores o supremos (Dios, la Patria, la Naturaleza, etc.).

De esta manera “el individuo es siempre sujeto, cualquiera sea el modelo cultural en el que viva, pero, de un modelo al otros los principios de sentido a los cuales se apela para justificar su derecho a ser son diferentes”¹¹.

En un contexto cultural inestable, en mutación, el primer fenómeno que se produce es que las expectativas de los otros dejan de ser homogéneas y pasan a ser más o menos incoherentes, la socialización deviene paradójica. Los valores del antiguo modelo pierden su legitimidad progresivamente, por lo tanto, la vía conformista ya no tiene sentido, aumentando cada día la cantidad de personas que buscan ser sujetos por la vía contestataria o marginal.

Por otra parte, los individuos escapan a las formas instituidas de contestación y marginalidad, intentando fundar sus proyectos personales en principios culturales nuevos. El ser sujeto por la vía realista (del conformismo y de la movilidad) ahora toma la forma de una reafirmación de valores del pasado. Por último, entre la concepción realista de la libertad, que se identifica con el modelo cultural antiguo y la concepción idealista que se apoya sobre el nuevo, se desarrolla, un “vacío cultural”.

Es así como cada vez más individuos forman parte de una situación de aculturación: ellos no pueden adherir al antiguo modelo cultural porque lo encuentran indeseable e impracticable, pero a la vez no pueden adherir al nuevo, dado que su legitimidad aún no está asegurada, por lo tanto, se ven obligados a tratar de conciliar los dos modelos en sus prácticas cotidianas.

De todo lo anterior, Bajoit et al., plantean la hipótesis de “que estaríamos pasando de un modelo cultural basado en la *razón social* (es legítimo aquello que es útil a la colectividad, es decir, contribuye a su progreso y obedece a su razón) a otro, fundado en la *autorrealización autónoma* (es legítimo aquello que el individuo juzga bueno para su desarrollo personal), en la medida que eso no impide a nadie hacer lo mismo”¹²

En el complejo trabajo de “gestión de sí”, los jóvenes se ven enfrentados cotidianamente a relaciones desiguales, asimétricas, en las cuales se ven obligados a obedecer, a conformarse con decisiones injustas que los afectan, a rechazar dictámenes con los que no están de acuerdo, a someterse a un poder que no pueden contrarrestar, a mostrarse indiferentes frente a ciertas instancias de poder, es decir, partimos de la base de descartar el mito de que los jóvenes son esencialmente rebeldes. De lo que se trató en la investigación fue de descubrir cuáles son sus mecanismos de adaptación, integración, rechazo y/o marginación.

Considerados los dos conceptos teóricos explicitados, es posible volver a lo antes expresado que las diferentes realidades de consumo de drogas, en un contexto de igual vulnerabilidad, están dadas por la capacidad de gestionarse a sí mismo.

¹¹ Bajoit (1992) op. cit. pág. 180.

¹² Bajoit (1992) op. cit. pág. 181.

Toda persona debe ser capaz de: a) administrar sus tensiones, lo que implica trabajo sobre sí mismo (reflexividad); b) reconstruir su unicidad, lo que lo lleva a actuar sobre su propio yo para forjar su identidad y su proyecto como individuo, y c) estructurar lazos sociales, lo que posibilita identificación y diferenciación con relación a los otros, pero no toda la población presenta igual capacidad para a) administrar sus tensiones, b) construir su identidad y proyecto vital, y c) estructurar sus lazos sociales. Lo que lleva a la existencia de lógicas de acción diferentes.

- En términos extremos, existe una *Lógica del Autocuidado*: que da cuenta de personas que reflexionan sobre sí y resuelven sus tensiones; construyen una visión positiva de sí con un proyecto de vida que guía su accionar y generan lazos sociales que se estructuran sin negarse a sí mismos en la relación con los otros.
- En el otro extremo, hay una *Lógica de la Desconfianza de sí* (que al parecer posee más confianza en las drogas), donde la reflexión sobre sí se construye desde un imaginario que invisibiliza las tensiones; donde no se construye una visión positiva de sí y se vive un fuerte apego al presente y en la relación con los otros se niega u olvida de sí mismo.

Frente a estas lógicas de acción de los jóvenes, en la intención de profundizar sobre ellas, es necesario evaluar dos interpretaciones posibles. Por una parte, la propuesta de la “sociología de la experiencia” de F. Dubet¹³ y, por otra, la de la “mutación del modelo cultural” de G. Bajoit y A. Franssen, en parte ya mencionada.

Según F. Dubet, no estamos en presencia de “un” eje articulador que define “el” conflicto central que posiciona a los actores colectivos en función de “intereses comunes” y que actúan bajo “una” lógica única. Lo que se advierte en el análisis cuantitativo y cualitativo y en las constataciones empíricas es, más bien, una separación entre la subjetividad individual y la objetividad del sistema, fragmentado en múltiples lógicas de acción.

Desde esta óptica, F. Dubet nos proporciona un concepto clave para comprender las conductas de los jóvenes consumidores (sus lógicas de acción y sus modos de gestión de sí). Este es el concepto de “experiencia”, entendida como una “noción que designa las conductas individuales y colectivas dominadas por la heterogeneidad de sus principios constitutivos y por la actividad de los individuos que deben construir el sentido de sus prácticas en el seno mismo de esta heterogeneidad”.

Como fue señalado anteriormente, estamos ante la presencia de dos lógicas de acción (del autocuidado y de la desconfianza de sí) que se mueven en un espacio cotidiano caracterizado por la pobreza, la marginación y la exclusión. En ese contexto, estas lógicas de acción les permiten a los jóvenes, sobrevivir, adaptarse, integrarse parcial y simbólicamente o conformarse a la exclusión forzada.

Coincidimos con Dubet en el sentido de que, al observar las conductas de los jóvenes, no es posible reducirlas a un rol determinado ni tampoco a la perse-

¹³ François Dubet (1994): *Sociologie de l'expérience. La couleur des idées*. Seuil. Paris, France.

cución de determinadas estrategias de interés, sino que –en sus conductas– se plasman tres características esenciales:

- a) La primera se refiere a la heterogeneidad de los principios culturales y sociales que organizan sus conductas. Todo pasa como si ellos adoptaran simultáneamente muchos puntos de vista a la vez, como si su identidad estuviera configurada de movimientos identificatorios sucesivos. Es por eso que la tipología propuesta debe servir como guía de referencia, no como “etiqueta social”; hacerlo sería un error y no permitiría comprender y aprehender el fenómeno en toda su complejidad.

A partir de las definiciones de roles, de status o de pautas culturales rígidas, estables y preestablecidas no se puede comprender el comportamiento de los jóvenes (consumidores de drogas o no), ellos no constituyen una masa que cumple un programa determinado. Los jóvenes no construyen una unidad a partir de un vacío social. Ellos no son parte de un guión en blanco que van “improvisando”. Por el contrario, su espacio social, está lleno de contenidos diversos que se entrecruzan, dando origen a una multiplicidad de lógicas de acción, de modos de gestionarse a sí mismos. En este sentido, la identidad de los jóvenes no es un “ser” dado, a-priori, es un “trabajo”, un proceso de construcción siempre dinámico.

- b) La segunda característica de la conducta de los jóvenes es la distancia subjetiva que ellos mantienen con el sistema. Al respecto, cabe diferenciar las conductas de los jóvenes que adhieren a la lógica del autocuidado de los jóvenes que adhieren a la lógica de la desconfianza de sí.
- c) La tercera característica a la que se refiere Dubet, es que la construcción de la experiencia colectiva recoloca la noción de alienación en el corazón del análisis sociológico. Al respecto, compartimos parcialmente este punto de vista con el autor.

El análisis nos parece válido y certero en lo que se refiere a la constitución de nuevos movimientos sociales, es decir, si desaparece la imagen clásica de “la sociedad”, los nuevos movimientos sociales que se constituyen y los antiguos que aún subsisten no pueden apelar a la combinatoria de intereses colectivos, de utopías compartidas en función proyectos globales que representen los intereses de “la clase”, del “pueblo”.

Al respecto, la tipología propuesta por Dubet se encuentra sobrepasada, caduca. No tiene sentido pensar y pretender comprender el complejo accionar de los jóvenes actuales si se les analiza sólo en el cruce de sus acciones colectivas: populismo, defensa comunitaria, reivindicación y ruptura revolucionaria. La tendencia predominante es a alejarse de las acciones colectivas y a estructurar los lazos sociales de manera diferente a la forma como se hiciera en la década de los ‘80.

La tendencia observada más bien transita en un cúmulo de acciones individuales, que circunstancialmente se nuclean en acciones colectivas esporádicas, las cuales se disuelven tan rápido como se constituyeron. En el caso analizado (jóvenes consumidores de drogas) las acciones sociales se relacionan y concentran en función del acceso y consumo de la droga.

Aquellos que tienden a una lógica de autocuidado utilizan una serie de recursos como factores protectores (planes futuros, estudios, trabajo, deporte, familia acompañadora, etc.), en cambio aquellos que tienden a una lógica de la desconfianza de sí, se abandonan en la droga como un refugio frente a un contexto adverso, un contexto que no les posibilita desarrollarse adecuadamente, un contexto que los margina y excluye de los beneficios que éste genera.

Dado que la pobreza, la autoexclusión de los estudios, la ausencia de una familia protectora, la soledad y el hastío los acompañan permanentemente, el uso y abuso de drogas permite estados de bienestar pasajeros que compensan en parte ese sentimiento de angustia y malestar que los acompaña.

En ninguno de los dos casos (lógica de autocuidado y lógica de desconfianza de sí) se pudo observar la constitución de movimientos juveniles contestatarios, alternativos o “novísimos” movimientos sociales como les llama C. Feixa.

Por su lado, según G. Bajoit, estaríamos viviendo un tiempo de mutación cultural. Los parámetros que les brindaron las certezas a las generaciones pasadas están siendo sobrepasados por un nuevo modelo que tiene como eje de articulación la “autorrealización autónoma”.

Lo interesante de la propuesta de Bajoit es que le otorga un rol protagónico al sujeto mismo en el proceso de cambio. No son las estructuras que cambian y como acto reflejo los individuos cambian con ella, sino que –más bien– es un proceso conjunto que se retroalimenta incesantemente.

Las acciones que realizan los jóvenes son acciones cargadas de sentido, en un contexto que les proporciona un conjunto de sentidos culturales vehiculizados por representaciones, normas, valores e ideologías, las que, en su conjunto, configuran el modelo cultural que progresivamente se impone y lucha en su irrupción en la escena nacional con otro conjunto de representaciones, normas, valores e ideologías que constituyen otro modelo que subsiste, pero que pierde vigencia día a día.

De esta manera, el sujeto construye sus estructuras de sentido que forjan sus expectativas en los distintos campos en los cuales se desenvuelve cotidianamente. Sin embargo, en el desarrollo de sus conductas, el “yo” se encuentra con los otros, con las instituciones, con la legalidad vigente, con el “Estado de Derecho” y en sus intercambios cotidianos, el “sujeto-actor” se enfrenta a un conjunto de presiones sociales y materiales que configuran una estructura de control que genera los límites que le impiden lograr sus expectativas.

La relación entre las expectativas y los límites da origen a incoherencias y contradicciones en cada ser humano, siendo la fuente de la tensión existencial que cada uno debe sobrellevar. El resultado es una sensación de malestar existencial que busca resolverse de alguna manera; en el caso analizado, a través de uso y abuso de drogas ilícitas. La tensión entre “querer ser” y “deber ser” está siempre presente y para gestionar esa tensión, el sujeto se defiende, se adapta, se reconstruye o salva su identidad personal.

Como muy bien lo señala Bajoit, el vivir el tránsito de un modelo a otro, genera confusión, incertidumbre, ambigüedades, zonas poco claras, donde el comportamiento humano se fragmenta en una pluralidad de lógicas de acción, adhiriendo, en algunos casos, al modelo cultural antiguo, viviendo de lleno el proceso de transición en otros y finalmente, en una tercera posibilidad, adhiriendo con claridad a los valores del nuevo modelo cultural en proceso de instalación.

En nuestro caso nos interesa saber si existen diferencias entre las lógicas encontradas, si se adhiere a modelos culturales diferentes y –de ser así– saber en qué consiste esa diferencia. Considerando lo anterior, a continuación procederemos a analizar la participación en el proceso de mutación cultural separado por lógica de acción.

De las dos lógicas encontradas, la tendencia de los jóvenes es a adherir, en primer lugar, a la lógica de autocuidado y –en segundo término– a de la desconfianza de sí.

Algunas características comunes de estos jóvenes son las siguientes: lo primero que se advierte en ellos es la distancia que marcan con los sistemas que conforman la sociedad; son jóvenes que recrean el lazo social en vínculos des-institucionalizados; sin existir ningún amarre con el sistema social a través de vínculos institucionales. La situación no es que cumplan roles y status internalizando el conjunto de valores y normas sociales ni que luchen contra “el” sistema. A este último, simplemente “*no lo pescan*”, se ubican fuera y marcan la distancia, en particular con el sistema judicial, con el sistema político y con el sistema policial. Del sistema educativo una buena parte se encuentra fuera y con el sistema laboral establecen relaciones esporádicas.

Del análisis de sus discursos y de la observación realizada se deriva una crítica al mundo institucional. Para estos jóvenes, este es un mundo podrido, corrupto, materialista, regido por relaciones de fuerza y poder, frente al cual no tienen ninguna posibilidad de participar e incidir; por ello algunos se refugian en la droga como un paliativo a la frustración que esto genera. Es un mundo que aparece estructurado de tal manera que su cambio se visualiza como imposible.

La lógica de funcionamiento social, económico y cultural que se impone en el país, releva los criterios de rentabilidad, eficiencia, rapidez y “*performance*”, todos ellos, criterios empresariales aplicados al conjunto de la sociedad. En ninguno de esos criterios se encuentran los jóvenes que adhieren a la lógica de la desconfianza de sí. Su lógica de funcionamiento, en la cual se articula el lazo social, está en función de otros criterios totalmente diferentes.

En la lógica del autocuidado los jóvenes articulan el lazo social en función de criterios de cercanía, proximidad física, afectividad, expresividad, sinceridad, sencillez y apoliticidad; estableciendo relaciones plásticas, intensas, calurosas, verdaderas; relaciones cara a cara, que tienen como expectativa mantenerse sanos y ser útiles a la sociedad.

Los jóvenes que desarrollan la lógica de la desconfianza de sí, mirados desde el punto de vista adulto/institucional, son jóvenes indisciplinados que manifiestan un desapego a las normas establecidas. A su manera, son subversivos. Esta es

una subversión sin contenidos políticos, subversión que podrá, eventualmente, en un futuro incierto, desembocar en revueltas juveniles expresivas, sin llegar a articular movimientos sociales, al menos en el corto y mediano plazo, o en actos delictuales menores con el fin de conseguir dinero para financiar su consumo. Estos jóvenes rechazan el control social y quiebran el orden establecido con violencia ritualizada en los estadios, en los conciertos rock, en las calles nocturnas.

No se trata, sin embargo, de conductas desviadas, ya que el fenómeno al que hacemos alusión se concreta en el flujo de las interacciones cotidianas entre pares, teniendo como objetivo la visibilidad social, marcando una distancia con el sistema, es decir, no está referido exclusivamente a un desfase entre objetivos a lograr y los medios socialmente adecuados para ello.

¿La integración social es el objetivo de todos los jóvenes? No necesariamente. La respuesta puede ser afirmativa para un determinado grupo que orienta sus conductas en función de un consumismo (real o simbólico) que los integra a un mercado y que –al integrarlos– los hace parte del corazón de la sociedad actual, estos serían los jóvenes que adhieren a la lógica del autocuidado.

Para este tipo de jóvenes es válida la afirmación de D. Seissus¹⁴, quien afirma que –para los jóvenes– la única forma de integración viable es el consumo. Sin embargo, la integración simbólico/momentánea que éstos logran, tiene una característica esencial: es “desintegradora”, vale decir, es una integración que tiene una doble dimensión: por una parte, los integra individualmente (real/simbólica y momentáneamente) y –por otra y al mismo tiempo– los “desintegra” como colectivo, los desarma socialmente, atomiza el lazo social permitiendo sólo interacciones individuales, fomentando el egoísmo y la competencia con sus pares, destruyendo los lazos de solidaridad. Se cuidan para ellos, para sus familiares, para lograr participar de alguna manera en el mercado que los rodea.

Sin embargo, para los jóvenes de la lógica de la desconfianza de sí, ese tipo de integración social no constituye un objetivo deseado. Sus expectativas no pasan necesariamente por ser parte de ese modelo. Estos jóvenes no están reclamando una cuota de participación en el modelo, están manifestando su desacuerdo, expresando su malestar sociocultural, “denunciando”, a su manera, la enajenación social producida por relaciones mercantilizadas. Gritan y golpean, pero no proponen, se drogan y manifiestan, pero no se integran.

Como lo señala Jodelet¹⁵, estos jóvenes tienen la necesidad psicosocial de encontrar un chivo expiatorio en quien volcar la rabia, la agresividad y manifestar la violencia contenida. Sus acciones no cuestionan el orden vigente, ni mellan las bases estructurales sobre las cuales se edifica la exclusión de que son objeto; es sólo violencia expresiva, vehiculada a través de un chivo expiatorio como es el consumo de drogas.

¹⁴ Al respecto, ver: Dionisio Seissus, *Consumo de los jóvenes en el Chile democrático*, Cuadernillos de información, Departamento de Planificación y Estudios, Instituto Nacional de la Juventud, Santiago de Chile, Diciembre 1993.

¹⁵ Al respecto, ver: Denise Jodelet (1996): “Les processus psycho-sociaux de l’exclusion”. En: *L’exclusion: l’état des savoirs*, Éditions la découverte/textes à l’appui, Paris, France.

Estos jóvenes no tienen modelos alternativos que ofrecer. En este punto, experimentan un vacío proposicional que no se explica si admitimos la idea de que sus conductas son “desviadas” o simplemente anómicas. ¿Cómo podríamos definirlos como anómicos cuando la estructura normativa del sistema social está en cuestionamiento, en proceso de mutación? ¿En relación a qué referente normativo serían anómicos?. Lo que hacen, a nuestro juicio, es alejarse del mundo institucional, no responder a sus códigos. Al des-institucionalizarse, crean espacios propios de existencia, re-creando la simbología del poder y re-significando el proceso de mutación cultural que observan y que viven.

Al marcar la distancia se separan sideralmente de la política y la pregunta por el sentido la colocan en los afectos, en sus relaciones de pares y en sus relaciones de pareja, en el mismo consumo de drogas. El mundo del amor se sobrecarga de expectativas y tensiona a las parejas, mientras la política se vacía de sentido y se queda en los juegos de poder, de los cuales los jóvenes consumidores están excluidos.

Algunas consideraciones importantes para las políticas públicas, resultantes de este estudio:

Los resultados de este trabajo, prácticamente a modo de síntesis final, aportan un conjunto de consideraciones importantes para tener presente a nivel de las políticas públicas en el trabajo con jóvenes de sectores vulnerables al consumo de droga.

- Es necesario un tratamiento diferenciado en las políticas públicas frente a sectores vulnerables al consumo de drogas. El estudio demuestra que a igual realidad de vulnerabilidad, no necesariamente hay respuestas similares, lo que exige atender la diferencia (no estigmatizar y homogeneizar).
- Reconocer que diferentes drogas de consumo exigen diferentes atenciones en las políticas públicas. El estudio indica que las diferentes drogas de mayor consumo en Chile están vinculadas a patrones culturales de comportamiento diferentes, lo que exige una atención más especializada.
- Aceptar la complejidad de que la mayor parte de los factores que se clasifican como de protección o riesgo, no lo son por sí mismo. El estudio demuestra que la familia, los amigos y el contexto no son en sí mismos factores de protección o riesgo, su despliegue puede tener diferente sentido. Lo que exige no simplificar.
- La valoración en la trayectoria de consumo o no consumo del proyecto de vida. El proyecto, el sentido de la vida, las expectativas futuras, son vitales en la forma de experimentar el presente, lo que demanda una atención de los aspectos simbólicos y no solo materiales en los jóvenes.
- La importancia conjunta del capital escolar y el capital relacional en el trabajo preventivo. Los datos indican que si se logra una buena autoestima y una adecuada relación con los demás, aumenta una lógica de acción más positiva, lo que en definitiva da cuenta de la importancia del capital social, en una sociedad como la chilena de bajos niveles de confianza en los otros y en las instituciones.